

tancia por sus relaciones con Irlanda. Pero allí se encontró entre el fuego de los sitiadores y el de los que le perseguían, hallando interceptado el camino que debía conducirlo á reunirse con Montrose, cuya estrella por su parte había comenzado también á declinar. David Leslie sorprendió al noble escocés en la mañana del 13 de setiembre en el bosque de Ettrick junto á Philiphaugh, y en pocas horas dispersó sus tropas. Montrose tuvo que huir á los Highlanders volviendo á dominar Argyle.

No pudiendo el rey contar ya con los escoceses, era muy dudoso que obtuviese auxilios de los católicos irlandeses. Por un momento pensó en dirigirse á la isla de Anglesey, que era de muy fácil defensa, y pasar allí el invierno, pero por fin se decidió á establecer su cuartel general en Newark por consejo de lord Digby, que esperaba evitar, dirigiéndose á aquel lejano punto, un encuentro con su enemigo el príncipe Ruperto. También fué Digby quien aconsejó al monarca que hiciera desde allí una excursión al Norte cuando se esparció el rumor de que Montrose había alcanzado un nuevo triunfo. Esta expedición falló completamente, pues Montrose continuaba fugitivo, y Digby, que á pesar de ello siguió su marcha, fué derrotado por las tropas del Parlamento, refugiándose con dificultad en Irlanda. El rey, á su regreso de Newark, tuvo una violenta escena con el príncipe Ruperto, que exigió satisfacciones y se hallaba protegido por algunos oficiales rebeldes. El mismo Newark no era ya punto seguro, y para encontrar buenos cuarteles de invierno se vió obligado á refugiarse dentro de los muros de una fortaleza, escogiendo por fin á Oxford, en donde aguardaban todas las comodidades de la corte al príncipe que desde la batalla de Naseby había andado errante de un lugar á otro. Se presentó allí acompañado de una corta escolta á principios de noviembre, y durante los tristes días de invierno se rehizo de las fatigas de los últimos meses.

Pocas eran las plazas que le habían quedado además de Oxford, pues ante los cañones del victorioso ejército parlamentario, las ciudades realistas abrían sus puertas y los muros de los castillos y moradas de los caballeros caían reducidos á escombros. Los vencidos pagaban con el corazón oprimido, las multas que se les exigían para salvar sus bienes de las manos de los vencedores. Hasta en los condados del Sud-oeste se vieron obligados á abandonar el campo los partidarios del rey, retirándose á las provincias extremas del condado de Devon y de Cornwall. La pugna que se estableció entre el príncipe de Gales y el comandante militar Goring, favoreció á sus enemigos que vencieron la última resistencia que se les oponía en aquel punto. El príncipe de Gales y sus partidarios abandonaron el país á principios de marzo de 1646 para refugiarse primero en la isla Scilly y después en la de Jersey, y reunirse después con su madre en Francia.

Todo el ejército parlamentario disponible se dirigió entonces á Oxford donde se hallaba encerrado el abatido monarca, que á pesar de toda las derrotas sufridas se negaba á la conclusión de una paz honrosa.

#### CAPITULO IV

HUIDA DEL REY Á ESCOCIA Y SU REGRESO FORZOSO. LUCHA ENTRE EL PARLAMENTO Y EL EJÉRCITO

En ninguna época de su vida procedió Carlos I con tanta ceguera en el empleo de la intriga como en los primeros meses que siguieron á su estancia en Oxford. Los muchos mensajes que mandó al Parlamento no respiraban sino deseos de paz, y en ellos declaraba que no quería ser responsable ante Dios del derramamiento de sangre; pedía salvo-conducto para sus comisionados y aun expresaba el

deseo de ir á Londres para llevar en persona las negociaciones; pero la verdad es que no trataba de ponerse de acuerdo con sus adversarios, sino de vencerlos. Había encargado á la reina que alistase soldados mercenarios en el continente, quería hacerse partidarios entre los católicos ingleses prometiéndoles la tolerancia, y sobre todo contaba con la ayuda del pueblo irlandés. En su nombre el conde de Glamorgan; hijo del marqués de Worcester, había entrado en tratos con el nuncio del Papa y con los rebeldes de Irlanda, los cuales le prometieron ponerse bajo las órdenes del rey en número de 10,000 hombres, pero en cambio Carlos I por su parte tuvo que hacer concesiones que de ninguna manera le convenía se hicieran públicas. Por su desgracia se encontró una copia de estas negociaciones juntamente con algunos documentos comprobantes en el coche del arzobispo de Tuam, que perdió su vida en la guerra de Irlanda. Publicados por el Parlamento estos documentos, levantaron una gran tempestad. Fué completamente inútil que el rey en una solemne declaración asegurase que Glamorgan había traspasado sus poderes, é inútil también que el gobernador de Dublin, Ormond, redujese á prisión al conde acusándole de alta traición, pues en Londres se convencieron una vez más de la falsedad del monarca y se decidió no dar ningún paso cerca de él si no se decidía á aceptar sin condiciones las exigencias del Parlamento.

Carlos I tenía todavía una esperanza; estaba enterado de la discordia que reinaba entre sus adversarios; sabía que los presbiterianos y los independientes se miraban como enemigos, y que no existía un acuerdo completo entre los ingleses y los escoceses. Si podía utilizar un partido contra otro y poner en pugna las dos naciones, tenía derecho á esperar que recobraría su antiguo poder absoluto.

En primer lugar fijó su atención en la oposición de los dos partidos político-religiosos de Inglaterra, oposición que se había hecho mucho mayor con los sucesos recientes.

Con los hechos heroicos del ejército habían cobrado los sostenedores del independentismo una confianza completa en la victoria y se burlaban de la estrechez de miras de los trajes negros del Sínodo y de los políticos pusilánimes de ambas Cámaras. La idea de la libertad de pensar les dominaba á todos, y en muchos de ellos iba unida á la idea de lo superfluo de un poder monárquico. «Cuando llegué al ejército entre los soldados de Cromwell, cuenta el pastor presbiteriano Richard Baxter, encontré un nuevo orden de cosas como no lo había soñado nunca. Las cabezas estaban exaltadas y tuve que escuchar cómo querían destruir al mismo tiempo la Iglesia y el Estado. Decían que los lores no eran sino los coroneles de Guillermo el Conquistador: los barones, sus mayores y los caballeros sus capitanes. Pero que creían que Dios en su prevision les había confiado á ellos como conquistadores el cuidado de la religión y del imperio.» Henry Marten que dijo una vez en la Cámara baja que más valía se perdiera una familia que muchas, y por ello había sido desterrado del Parlamento, fué perdonado, y Henry Vane era conocido como uno de los sostenedores del principio de que el poder soberano en su origen estaba fundado en la voluntad libre del pueblo, el cual podía conservarlo en quien quisiera ó entregarlo á otro.

Cromwell, que era el jefe reconocido del partido que se había levantado sobre los demás por sus hechos de armas, exponía así la cuestión religiosa. «Esta noble gente, escribía al presidente de la Cámara baja después de la batalla de Naseby, os ha servido con valor en esta acción. Son fieles, y por lo tanto os suplico, señor, en nombre de Dios, que no los desaniméis. Deseo que esta victoria, dé animo y haga agradecidos á todos aquellos á quienes aprovecha. El que sacrifica

su vida por la libertad de su país, tiene derecho á confiar en Dios y en vosotros para obtener la libertad de su conciencia.» «Presbiterianos é independientes, decía después de la toma de Bristol, tienen aquí el mismo modo de creer y de orar, y no se hallan separados por nombres de partidos. ¡Lástima que en otros puntos no suceda lo mismo!... Entre hermanos creemos que en las cosas espirituales no pueda haber más fuerza que la de la ilustración y del buen sentido.» En esto el vencedor de Naseby demostraba que el ruido de los cañones no le había hecho olvidar que aun había otros triunfos que obtener además de los militares.

La impaciencia de los presbiterianos encontró en él un adversario decidido, participando de su opinión la mayor parte de los altos oficiales; y como las elecciones parciales llevaron á muchos de ellos á la Cámara baja, el independentismo tuvo un notable refuerzo en el Parlamento. Henry Ireton, que se casó con Brígida Cromwell, Roberto Blake, defensor de Taunton, Carlos Fleetwood, Algernon Sidney, Edmundo Ludlow y tantos otros de sus compañeros de armas, no pensaban haber expuesto su vida para contribuir al triunfo de los inquisidores presbiterianos. El general en jefe Thomas Farfaix, que solo posteriormente obtuvo asiento en el Parlamento, participaba de su opinión. Hombres pertenecientes á la clase media, como los eminentes juristas Selden, Whitelocke, St. John, que no deseaban dar una completa independencia al poder eclesiástico, contribuían á estorbar el ideal del presbiterianismo. En verdad se introdujo en todas las iglesias el nuevo servicio divino, la elección de los ancianos laicos en todo el reino y la ordenación de los pastores por medio de los presbiterios. Pero no se reconoció el derecho divino exclusivo de la institución presbiteriana, y los nuevos tribunales eclesiásticos debían ser vigilados por comisarios del Parlamento. Debían respetarse bajo ciertas condiciones las conciencias escrupulosas que sin atacar los principios fundamentales de la religión, no querían sujetarse al orden presbiteriano.

Los presbiterianos llamaron en su ayuda á toda la iglesia reformada de Europa. Contaban con escritos de adhesión de sus correligionarios de Francia, de Holanda, de Alemania y de la Suiza; poseían las simpatías de la City, que fué la primera que introdujo la nueva constitución de la Iglesia. Los pastores de Londres se indignaban, con raras escepciones, contra «la tolerancia, la gran Diana de los independientes y de todos los sectarios.» Las autoridades de la ciudad ordenaban días festivos y pedían al Parlamento que reprimirá las herejías; el Sínodo trataba de influir en el curso de los debates del Parlamento por medio de peticiones; y aunque el Parlamento sabía reprimir á los que las presentaban, en algunas ocasiones podían los presbiterianos desahogar sus iras contra los que pensaban de distinto modo. Había un cierto Paul Best á quien se acusó de las mas «atroces blasfemias contra la Trinidad, Cristo y el Espíritu Santo». Fué encerrado en la prisión y se pidió que se le formase proceso, exigiendo que se le condenara á muerte. Otra víctima de las iras presbiterianas fué Jhon Lilburne, que en otros tiempos había sido azotado y expuesto á la vergüenza pública como agitador puritano, siendo después metido en prisión. Puesto en libertad cuando se reunió el Parlamento, fué nombrado capitán de infantería al principio de la guerra civil, y con todo el apasionamiento de su carácter se hizo uno de los campeones de las ideas de los independientes y radicales. Era muy testarudo y disputador.

«Si John Lilburne estuviese solo en el mundo, acostumbra á decir el satírico Marten, hubiera disputado John con Lilburne y Lilburne con John.» La carrera de las armas aunque podía ofrecerle muchos laureles no le satisfacía, por

lo cual se entregó á la lucha de los partidos, y escribió un violento folleto contra su antiguo amigo Prynne, que se había hecho uno de los jefes de los presbiterianos intolerantes y que también antes había sido puesto preso por su independencia.

Las comunidades anabaptistas fueron disueltas, sus predicadores encerrados y se destruyeron los ejemplares de la profesión de fe. Hechos análogos dieron lugar á advertencias de Cromwell.

Carlos I veía lleno de gozo las rencillas que dividían al puritanismo. Hacia tiempo que había entrado en negociaciones con los independientes, y pareciéndole que Henry Vane era el instrumento mas á propósito para utilizarlo contra los presbiterianos, le hizo saber que los realistas se unirían con los independientes para «destruir aquella dominación tiránica y asegurarse mutuamente la libertad.» Les conjuró á que confiaran en su palabra; se comprometió á demostrar la verdad de lo que decía, y respecto del Parlamento se mostró una vez más dispuesto á ir á Londres para llevar adelante las negociaciones de la paz, diciendo que iría sin escolta, licenciaría los restos de su ejército y entregaría las fortalezas que estaban en su poder, pidiendo únicamente que se le aseguraran á él y á sus partidarios la vida, el honor y los bienes.

Pero á su fiel Digby le comunicó los verdaderos motivos del paso que daba. «Quiero ir á Londres, le decía en una carta, para obtener determinados compromisos y lograr que los rebeldes me reconozcan como rey. Pienso poner de mi parte ó los presbiterianos ó á los independientes, y servirme de los unos para destruir á los otros á fin de volver á ser el dueño. Sucédame lo que me suceda no abandonaré ni la Iglesia, ni mis amigos, ni mi corona.»

En Londres, sin embargo, también habían penetrado sus intenciones. Por eso los independientes dejaron sus proposiciones sin contestación, el Parlamento tomó extraordinarias medidas de precaución y prohibió que se estuviese en relaciones con el rey y que se le admitiese en Londres, desterró de la capital á los católicos y á los realistas, y ordenó á la milicia que sofocase inmediatamente cualquier tumulto.

Rechazado por sus súbditos ingleses, dirigió Carlos I sus miradas á los escoceses, con los cuales durante largo tiempo tuvo negociaciones secretas protegidas por el gobierno francés, su esposa y nobles importantes, como el conde de Holland.

Los escoceses se hallaban muy descontentos con sus hermanos los ingleses. Llamados por éstos en 1643 para ayudarles á llevar el peso de la guerra, pudieron esperar alcanzar grandes triunfos y concluir con las revueltas político-religiosas del país vecino, comunicándole su constitución de la Iglesia, pero en una y otra cosa vieron destruidas sus esperanzas. El curso favorable que seguía la guerra, se debía en primera línea á los triunfos de Fairfax y Cromwell, mientras que el ejército escocés auxiliar había desempeñado un papel poco importante; la noticia de los triunfos de Montrose les había obligado á dirigirse hácia el Norte, y solo cuando se hubo vencido al audaz adversario, acamparon ante los muros de Newark.

Entre tanto los independientes recibían un fuerte apoyo con los victoriosos regimientos del ejército parlamentario, y cada día se hizo más dudoso que se llegara á un acuerdo con el rey con las mismas condiciones que le fueron presentadas en otro tiempo en su reino escocés, y sobre todo con el reconocimiento del presbiterianismo. Aumentaban las divergencias entre las dos naciones; los comisarios escoceses se quejaron de que sus aliados no pagaban los sueldos de la tropa y en cambio el Parlamento inglés contestó que



el ejército escocés no había cumplido con su deber. Los escoceses deseaban que no se hiciera una oposición absoluta al rey, los ingleses veían con malos ojos esta intromisión en sus propios asuntos. Los primeros se quejaban de la tolerancia de sectarios y herejes y pedían que se ejecutara con todo rigor la Liga y Covenant; los últimos no querían sujetarse rígidamente al modelo escocés e interpretaban el tratado de alianza de un modo muy distinto que sus vecinos del otro lado del Tweed. Únicamente en la City reinaban grandes simpatías por los escoceses, y la mayoría del Sínodo contaba con su apoyo; pero no podían repetirse las antiguas circunstancias, y por ambas partes se extremó el lenguaje llegando a un rompimiento entre los dos pueblos.

El gobierno francés trató de aprovechar para sí estas circunstancias. Mazarino que entonces le representaba, había visto con satisfacción que las revueltas interiores ocupaban completamente la atención del reino de Inglaterra. Con ellas Francia había adquirido en el continente un lugar preponderante, pues su alianza con la Suecia y el apoyo que prestaba a las rebeliones de Portugal y Cataluña, le habían ayudado a debilitar el poder de la casa de los Habsburgo, tanto en Alemania como en España. Pero aunque el gobierno francés quería sacar partido de la triste situación de la monarquía inglesa, no quería de ningún modo su destrucción. Las tendencias de los independientes le eran antipáticas, y deseaba favorecer a Carlos I, poniéndole bien con los escoceses y aliando a éstos con los presbiterianos, para conseguir la derrota de los independientes.

Los escoceses habían sido siempre aliados de los franceses y se prestaron con gusto a las negociaciones para el restablecimiento del rey, pero pidiendo en primer lugar el reconocimiento de su sistema religioso en Inglaterra.

El rey tenía aun esperanzas de que podría eludir el comprometerse en esta cuestión, confiando en el apoyo de Montrose y de los realistas escoceses. Creía, sin embargo, encontrar un recibimiento honroso y seguridad completa en el campo escocés; pero pronto pudo convencerse de que se había equivocado del modo más lastimoso. Fuera que sus amigos se hubiesen equivocado, ó que los escoceses hubiesen cambiado de opinión, el caso fué que tuvo que convenirse de que no podía esperar de ellos que cedieran. Exigieron el reconocimiento del sistema presbiteriano, se negaron a amnistiar a los partidarios del rey y se comprometieron solo a admitirlos en su campo si se presentaban sin tropas y como por casualidad. El rey se puso fuera de sí por la falta de fidelidad de «la abominable canalla» como llamaba a los escoceses, y comunicó a la reina los nuevos y diversos planes de salvación que en su fecunda imaginación se agitaban; pero tuvo que abandonarlos al ver que no podía permanecer más tiempo en Oxford.

Mientras estaba en negociaciones con los independientes y esperaba mucho de las simpatías de la burguesía de Londres, la fortaleza en cuyos muros se había refugiado, se veía amenazada cada día de más cerca. No le quedaba tiempo que perder si quería salvarse; así es que el 27 de abril a media noche, salió fuera de la ciudad acompañado solo de su capellán Hudson y de uno de sus fieles oficiales, Ashburnham. Se había vestido como su criado y puso el saco de viaje detrás de la silla. Tomaron primero el camino de Londres, y al llegar al alto de Harrow, se pararon. A su vista estaba la capital, y en un par de horas podía el rey hallarse en Whitehall. Pero acordándose de las disposiciones tomadas por el Parlamento, no se atrevió a seguir adelante, y se decidió a ir a buscar un refugio a Escocia, yendo de ciudad en ciudad con el temor de ser reconocido, y sin tener noticias de Montrose.

A los ocho días de haber salido de Oxford, se encontró con el embajador francés Montreuil, quien le acompañó al cuartel general escocés. Los escoceses le dieron una guardia de honor que en realidad le impedía la libertad de sus movimientos; en una palabra, estaba prisionero.

Cuando se rindió Newark y fué entregada a los ingleses, los escoceses se llevaron consigo al rey para dirigirse a New-castle, no lejos de la frontera de su país.

En Londres, al saberse la fuga del rey, se temió al principio que se hubiese refugiado en la City; pero cuando se supo su paradero, los Comunes declararon que solo el Parlamento inglés podía disponer de su persona y exigieron que se les entregase. Los Lores, en cuya Cámara dominaba el elemento presbiteriano, negaron sin embargo su voto a esta declaración.

Los escoceses por su parte sabían el valor que para ellos tenía su prisionero, e hicieron todo lo posible para explotar su posición embarazosa. El célebre teólogo Henderson se presentó para vencer la resistencia de Carlos a aceptar la constitución presbiteriana. Argyle que se hallaba ocupado entre Newcastle y Londres, procedía en el mismo sentido. Hasta el mismo Hamilton, que después de haber caído en desgracia había recobrado el favor de su soberano, le aconsejaba que abandonase el episcopado, consejo que le daba asimismo la reina (1), quien cedía más fácilmente en la cuestión religiosa que en la de la milicia, pues con las armas en la mano se podía recobrar lo perdido. El nuevo embajador francés en Londres, Lord Holland, Lady Carlisle y otros personajes influyentes, declararon con gran unanimidad que la única esperanza de salvación estaba en una alianza con los presbiterianos.

No le era fácil al rey oponerse a tantos ruegos, a pesar de que le repugnaba en alto grado el presbiterianismo, pues el hijo de Jacobo I sabía que este sistema en Escocia, había sido causa de que se debilitara la monarquía. Consideraba como máxima principal de los puritanos el principio de que: «todos los reyes eran súbditos del reino de Cristo,» cuyos representantes eran los servidores de la Iglesia, y esta máxima contrariaba sus principios de omnipotencia monárquica. Temía que los puritanos introdujeran en Inglaterra aquellas ideas, según las cuales «la rebelión era lícita y el poder más alto residía en el pueblo.» Además vió claramente que con la nueva reforma introducida por el Parlamento, «el poder de la Corona en el campo religioso pasaría a las dos Cámaras,» y dijo que si abandonaba el episcopado, llamaría otra vez sobre sí la cólera divina, que ya le había herido cuando aprobó la condena de Strafford, y que se quitara a los obispos su asiento en la Cámara; y épocas hubo en que se mostró dispuesto a ceder el mando de la milicia, aun por toda su vida, con tal que se le prometiera un «episcopado regular.» Posteriormente ofreció hacer mayores concesiones al presbiterianismo, y aun establecerle en el país a la par de la institución episcopal, pero siempre con la intención de volver al antiguo modo de ser en cuanto pudiera.

La situación de los partidos en Inglaterra fortalecía sus esperanzas, pues se veía claramente que los presbiterianos y los independientes no continuarían mucho tiempo en paz. La nueva iglesia había sido introducida en Londres sin tener en cuenta los deseos de los independientes, y varios condados estaban dispuestos a seguir el ejemplo de la capital. El Lord corregidor, los aldermen ó regidores y el municipio de

(1) A estas negociaciones se refieren las más importantes de las cartas de Carlos I a Enriqueta María su esposa, cartas descubiertas recientemente, y publicadas por John Bruce (Camden Society, 1856). Otros datos se hallan en la Historia inglesa de Ranke, y últimamente se han añadido los documentos de los Hamilton-Papers.



Enriqueta María, esposa de Carlos I de Inglaterra  
Copia de un grabado de Pieter de Jade, según el cuadro original pintado por Van-Dyck.



la ciudad, conjuraron á los Lores á que cumpliesen la alianza con los fieles y creyentes escoceses, «no dejaran caer las doradas riendas de la disciplina,» y procedieran contra los anabaptistas, brownistas, cismáticos, heréticos y blasfemos, que se amparaban bajo el nombre de independientes.

El ultimatum que el Parlamento dirigió al rey y que contenía diez y nueve proposiciones para el restablecimiento de la paz, no podía de ninguna manera satisfacer á hombres como Cromwell ó Vane. Estaban acordes con las exigencias políticas: abandono de la direccion de la milicia por veinte años, renuncia á dirigir la guerra en Irlanda, exclusion de los principales «delincuentes» de la amnistía, aprobacion de los acuerdos tomados por el Parlamento; pero no tenían intencion de apoyar las que se referían á los asuntos religiosos: reconocimiento del régimen presbiteriano, firma del Covenant, proclamacion del mismo en los tres reinos, etc., pues esto les hubiera puesto á la disposicion de sus enemigos, ya que no se trataba de la tolerancia de comunidades religiosas libres.

El rey continuó su doble juego, tratando unas veces de ganar á los independientes prometiéndoles la tolerancia religiosa, y otras á los presbiterianos prometiéndoles borrar todas las cláusulas puestas en beneficio de los independientes. Sin embargo, no mandó contestacion alguna bajo el pretexto de que queria ir él mismo á Lóndres; pero todas sus habilidades fueron inútiles, pues mientras no firmase el Covenant no querían fiar en él ni los escoceses ni sus correligionarios de Inglaterra, los cuales determinaron unirse entre sí para contrarrestar los planes del rey, confiando poder dominar despues á los independientes.

La guerra había concluido en Inglaterra, pues el rey había mandado que capitulasen las guarniciones realistas de las plazas que tenía en su poder, abriendo, entre ellas, sus puertas la misma Oxford. Los príncipes Ruperto y Mauricio del Palatinado se embarcaron para el continente.

La presencia de un ejército escocés en Inglaterra, que era muy pesada para los condados del Norte, se había hecho inútil. A su marcha se pensaba disolver el ejército á cuyo frente se hallaban Fairfax y Cromwell, pero se pasaron bastantes meses antes de que hubiera acuerdo sobre este punto. Por una parte los escoceses pedían una cantidad muy importante para saldar las pagas atrasadas, peticion que causó gran indignacion en Inglaterra, y por otra los ingleses reclamaban el derecho de disponer por sí solos de la suerte del rey. Despues de largas y dificultosas negociaciones se convino en que los escoceses recibieran 400,000 libras, de las cuales la mitad debía entregarse antes de que abandonaran el reino.

Al Parlamento inglés debía costarle muy poco el reunir esta suma, pues hacia poco tiempo que se había tomado el acuerdo de vender los bienes de la Iglesia para atender á las «necesidades del bien público,» y además los ricos comerciantes de la City se hallaban prontos á prestar su apoyo como en casos anteriores. En el convenio anglo-escocés del 23 de diciembre de 1645 no se habló una palabra del rey, pero ocho dias despues las dos Cámaras acordaron que se le diera por residencia el castillo de Holmby en el condado de Northampton y los escoceses no se opusieron á ello, de modo que quedó resuelta la suerte del rey.

En el día prefijado se entregó á los escoceses la primera parte de la suma acordada é inmediatamente despues, el 23 de enero de 1647, entraron en Newcastle los comisarios del Parlamento que debían acompañar al rey á Holmby. Carlos los recibió con amabilidad y agrado. Las tropas escocesas retrocedieron y las inglesas tomaron á su cargo la custodia del monarca, quien tuvo la libertad de escoger el día de la marcha. Por donde pasaba salía el pueblo á verle

y en virtud de antiguas preocupaciones salían los enfermos á su paso para que tocándoles recobrasen la salud. Fairfax llegó á caballo desde su cuartel general de Nottingham, echó pié á tierra y besó la mano del monarca. Llegado que hubo al castillo de Holmby lo encontró todo dispuesto para recibirle; se le trataba con toda reverencia y se le permitía pasear á pié ó á caballo por los alrededores, pero en realidad era tan prisionero como en Newark ó Newcastle. Los comisarios del Parlamento le vigilaban y los pastores presbiterianos le hacían compañía contra su voluntad, recibiendo solo de vez en cuando cartas de sus parciales. Sin embargo, no estaba tan aislado del exterior que no llegase á su conocimiento que sus adversarios estaban á punto de entrar en lucha unos con otros.

La enemistad entre independientes y presbiterianos amenazaba convertirse en una guerra entre el ejército por una parte y el Parlamento y la ciudad de Lóndres por la otra. Los presbiterianos estaban decididos á disolver el ejército, para ellos tan odioso, de los «santos» ó á lo menos alejar de Inglaterra sus mejores regimientos pensando destinarlos á ser sacrificados en Irlanda donde continuaba aun una guerra religiosa.

El virey de Irlanda, conde de Ormond, había querido concluir un tratado con los rebeldes que tomaron tan á mal los católicos fanáticos como los severos puritanos. Obligado pues Ormond á continuar la guerra con los rebeldes, había querido establecer inteligencias con el representante del Parlamento en la verde Erin, lord Lisle, el cual necesitaba asimismo refuerzos para impedir que Dublin y otras plazas fuertes cayeran en manos de los insurrectos.

El Parlamento, en cuyo seno tenían aun inmensa mayoría los presbiterianos, tomó en seguida su resolucion y decidió que doce mil hombres sacados en conjunto de los regimientos mas temibles del ejército inglés, fuesen embarcados para Irlanda yendo como jefe de la expedicion el poco importante aunque popular Skippon, pero llevando á su lado el general presbiteriano Massey.

En Inglaterra se había hecho inútil el ejército permanente y se dejaron solo algunas guarniciones y algunos cuerpos de caballería bajo las órdenes de Fairfax. Pero ningun individuo del Parlamento, al cual ya no pertenecía el general en jefe, podía ser nombrado oficial; á los oficiales se les obligó á firmar el Covenant y sujetarse á la Iglesia establecida; y así se pensó destruir con estas medidas la hidra del independentismo.

Desgraciadamente para los presbiterianos el ejército vencedor no quiso prestarse á semejantes maniobras, pues en aquellos fieles y entusiastas regimientos existía algo del espíritu de independencia que poco antes se había apoderado de las tropas de Wallenstein. La diferencia estribaba en que estos soldados no eran como los del duque de Friedland una mezcla abigarrada de aventureros unidos por la voluntad de su jefe, sino que no habían olvidado su origen burgués y pedían como corporacion político-religiosa el cumplimiento de un programa general. Habían luchado por un ideal, cuya realizacion querían ver antes de que se les mandara á sus casas ó bien al otro lado del canal de San Jorge: reforma de la administracion del país, tolerancia en la cuestion de creencias. Además hacia largo tiempo que habían presentado reclamaciones acerca de los sueldos atrasados y querían que se les asegurase por medio de una ley de indemnidad que no serían nunca molestados por los sucesos del tiempo de la guerra. Por último, tampoco querían separarse de sus jefes habituales.

Los oficiales fueron los primeros que se reunieron en el cuartel general de Fairfax para tomar un acuerdo, y manda-